

DEGASO

Madrid, Marzo de 1924.

N.º 69 — Año VIII.

MAURICE BARRÉS

Exposiciones para "Prosa".

¡Es una lira que se rompe!
¡es un clarín que se calla...
ambas cosas a la vez...

con Maurice Barrés, desaparece un artista admirable, y un Político, por no decir qué un Cómico, deplorable...

Su prosa, grácil y atesticulada, llena de la gracia mórbida y el encanto equívoco de un efobo de Adriano, hacían de él un delicioso escritor de Decadencia;

La gracia era el encanto de su prosa, no la fuerza;

tuvo es verdad — el culto de la Fuerza, — como todos los débiles — y vivió de rodillas ante la espada, con el histerismo funambulesco de un cortesano de Atila;

amó la Fuerza, sin ser un fuerte, y odió la Libertad, a pesar de haber escrito esas páginas de oro y de acero, que son:

“Un Homme Libre”;

el patrioterismo cascabelero, un patrioterismo enfermizo y locuaz, fué su profesión, y sobre ese tinglado, un poco arlequinesco y charlatanesco, obligó la pureza de su prosa inmaculada al mostrarse desnuda ante los legionarios de la Reacción, ebrios de ese Misticismo, violento, que ahora se

extiende como una mortaja sobre el Espíritu de Francia, sepultado bajo los escombros de su antigua Civilización,

le Culte du Moi, obra de exquisitos refinamientos mentales y de sutiles elegancias de estilo, reflejando por igual las sensualidades artísticas de Paul Bourget y las voluptuosidades solitarias de Blas Pascal, fué la Biblia de su Dilettantismo exquisito y refinado;

porque eso fué él; un dilettante, hasta la médula de sus huesos;

dilettantismo, su Literatura sensitiva y ensoñadora, como un minuto de fiebre, y dilettantismo su Política atrabiliaria y clownesca, enchamarrada con los oropeles altisonantes de su dialéctica, eminentemente sulpiciano, como aprendida al pie de la cátedra de Renán;

la Tradición, de la cual fué cultor, lo llevó a la Reacción, de la cual se hizo Apóstol, y poseyó casi hasta el delirio, ese romanticismo de la Servidumbre, el cual se empeñó en hacer elegante, como Charles Maurras lo ha hecho sonoro;

pastor de esclavitudes, él se encargó de seducir y conducir las mesnadas de jóvenes reaccionarios y absolutistas, si no con tanto brío populachero, como León Daudet, sí con un tesón ostentoso y pueril, en el cual, puso todo el encanto de su talento delicioso y seductor;

demasiado culto para ser un espíritu religioso, permaneció pagano, a pesar de sus defensas líricas de cosas del catolicismo, al cual dió su verbo sin dar su corazón;

entregó su pluma a la Religión, pero, no le entregó su alma;

fué el mercenario de la Iglesia; no fué su Sacerdote;

permaneció artista y pagano, digno de dialogar con la sombra de Sócrates, bajo el follaje susurrador de los plátanos de Academia, y de escuchar pensativo, bajo los Propileos, la voz armoniosa de Platón; leer fragmentos del Timeo, al coro admirativo de sus discípulos...

porque si en Barrés, la Política es despreciable, su Literatura es siempre admirable...

poseyó como nadie el sibaritismo opulento de la expresión, y la pasión cuasi orgiástica del colorido y de la música del verbo; pero no fué, sin embargo, y a pesar de esta pasión, sino un miniaturista exquisito de los paisajes espirituales, y un esmaltista delicado de bellezas evanescentes;

alguien lo llamó:

el *Magnífico*.

ese adjetivo de magnífico, es bien harrésiano;

está bien para Barrés;

pero a condición de limitarlo, de darle sus verdaderas proporciones de Ecuanimidad;

el *magnífico* de Barrés, es un *magnífico* versallesco, de acuarela y medallón; *magnífico* de *Le Notre*; un *magnífico* de academicismo vetusto, de una voluptuosidad simbolista, sin fuerza, y sin ese soplo de Infinito, que vive en las creaciones del Genio; pastiches sin emoción; *natures mortes*, a las cuales él se esforzaba en darles la policromía cantante de los rosales de Esmirna, y el encanto soñador de un jardín de Cachemira; ¡cuán lejos todo eso, de los paisajes luminosos de un Flandrin o de los bosques tropicales de un Gauguin!...

Barroquismo oriental, desalentador;

pinturas de alfombra marroquí, carioladas

a outrance, y cargadas de vermellones violetos, involuntariamente bárbaras, hechas como para encanto de un Aduar, en un día de público jolgorio;

ese orientalismo de Barrés, no es sino *pierrelo-tismo* bastardo, antiespontáneo y tartufesco, del peor *aloi* posible;

el orientalismo del "*Jardin Sur l'Oronte*",

deliciosamente ambiguo, impreciso, sinuoso, como la perspectiva de esas colinas efímeras, a la entrada del Desierto;

es imposible negar toda la cantidad de encanto, que hay en las obras de Barrés, porque es imposible prescindir de la enorme cantidad de Poeta que hay en él;

¡de Poeta Místico!

no,

de Poeta Clerical;

lo cual da a sus libros ese sabor de vicio oculto, de perversión refinada y morbosa, perfumada a veces, como el Canarín de una Artista, y fétida en otras, como la celda de un monje;

la Voluptuosidad que se respira en sus libros, es una voluptuosidad enfermiza, que inspira el enervamiento del Vicio, aún antes de llegar a él, como el vaho que se escapa de las Lagunas Pontinas: enferma de fiebre los hombres y los rebaños, en un largo perímetro del Agro Romano;

Como todo Escritor Religioso, Barrés es un escritor voluptuoso; pero de una Voluptuosidad anormal y perversa, que centuplican la Emoción, a causa de lo infinito de su profundidad;

en la Literatura francesa, su Obra de Arte evoca el arca de la Alianza, en torno de la cual pulularon las liviandades de todos los levitas...

Pascal, fundido en Oscar Wilde (eso fué este Escritor Jansenista), encantadoramente atracti-

vo, como una hembra vista tras de las celosías de un coro de novicias;

un *poncif* de adolescentes; porque en Barrés el efebismo no murió nunca; fué el eterno adónico; conservó su alma de Efebo perturbado y perturbador, llena de inquietudes precoces y de tristezas prematuras;

el alma de un César adolescente, en perpetuo sueño; *du Sang de la Volupté, et de la Mort*;

por eso Maurice Barrés será siempre el autor querido a las adolescencias soñadoras, trabajadas por el morbo voraz del análisis introspectivo, devoradas por la sed de amar, y enfermas del divino tormento de pensar;

los libros de Barrés serán siempre una Pasión de Pubertad;

y conservarán siempre ese poder de seducción, porque hasta en los últimos, escritos ya en el Pórtico de la Vejez, conservó intacta la belleza de su prosa, capciosa y musical, y sus actitudes edónicas, llenas de un perverso encanto;

libros de sensibilidad exquisita y exuberante...

serie de mirajes y de paisajes de un panteísmo anonadado y anonadador, llenos de un perfume de Pecado bíblico y violento, y de la suave y dolorosa Melancolía de un jardín de camelias, abiertas en el candor de la Noche.

VARGAS VILA.

Montevideo, Febrero de 1924.



BOCA A BOCA

*Copa de vida, donde quiero y sueño
Beber la muerte con fruición sombría,
Surco de fuego donde logra Ensueño
Fuerzas semillas de melancolía.*

*Boca que besas a distancia y llamas
En silencio, pastilla de locura
Color de sed y húmeda de llamas...
¡Verja de abismos es tu dentadura!*

*Sexo de un alma triste de gloriosa,
El placer unges de dolor; tu beso,
Puñal de fuego en vaina de embeleso,
Me come en sueños como un cáncer rosa.*

*Joya de sangre y luna, vaso pleno
De rosas de silencio y de armonía,
Nectario de su miel y su veneno,
Vampiro vuelto mariposa al día.*

*Tijera ardiente de glaciales lirios,
Panal de besos, ánfora viviente
Donde brindan delicias y delirios
Frescas de aurora en vino de poniente...*

*Estuche de encendidos terciopelos
En que su voz es fúlgida presea,
Alas del verbo amenazando vuelos,
Cáliz en donde el corazón flama.*

*Pico rojo del buitre del deseo
Que hubiste sangre y alma entre mi boca,
De tu largo y sonante picoteo
Brotó una llaga como flor de roca*

*Inaccesible... Si otra vez mi vida
Cruzas, dando a la tierra removida
Siembra de oro de tu verbo fecundo,
Tu curarás la misteriosa herida:
Lirio de muerte con olor de vida,
¡Flor de tu beso que perfuma al mundo!*

DELMIRA AGUSTINI.

En las páginas inéditas de la gran Delmira Agustini, se han hallado estos versos de magnífica fuerza. Los adelantamos del libro póstumo que se va a publicar estos días en Buenos Aires.

TE CONFIESSO QUE...

*Aun mi alma destellaba
Enfrente a una mujer
Y pienso en mil locuras
Y todo quiero ser.*

*Antes, sólo por ella,
Al mirar una estrella
Fugaz,
Pensaba en Napoleón,
Hoy, frente al astro errante,
Trócanse mis visiones.
Anhelo ser capaz
De llevar adelante
Una noble faena:*

*Corro, sin batallones,
Al Dolor y la Pena
Y me voy con el Abundo
A un sitio sin igual,
Que descubri yo mismo,
En el hueco profundo
Del antro sideral,
Donde no hay un abismo
Ni la sombra de un mal;*

*Grandioso paraíso
De amor y de placer,*

*En que todo se hizo
Tal como debía ser,
Hasta la serpiente,
Exclusivamente,
Para la mujer.*

*Mas, desgraciadamente,
Y desde ya te imploro
Me abras el tesoro
De tu santo perdón,
No será toda oro,
Niña, mi confesión.*

*Ante la exhalación
Del astro exorbitado,
Cuando vuelo tras él,
En pos de ese verjel
Que mi afán ha creado,
No puedo resistir
A la obsesión sin nombre,
(¡Oh, mi inmenso pecado!)
De querer y pedir
Que en aquel Eldorado
Yo sea el único hombre.*

ASDRÚBAL E. DELOADO.

GETHSEMANI

*"¡Ya no! ya no! — ya desataste al viento
Sembrador, el volar de la semilla;
Ya en la gleba su flor de maravilla
Sonríe de esperanza al sufrimiento.*

*¡Oyes? — Te aclaman: — Llega un movimiento
De palmas verdes y ante ti se humilla,
"¡Hosanna, Salvador!" y una trailla
De pies desnudos sobre el pavimento:*

"¡Hay pan y peces para toda el hambre!"

*Mas ya tú sufrés tu agonía huraña.
"Es muy poco una flor para un enjambre".*

*Y se obsede en tus ojos pensativos
Jesús; el del Sermón de la Montaña,
¡El Hombre del Jardín de los Olivos!*

1916.

BUENAVENTURA CANTOLIA.

JOSE MARTI

Sólo se puede hablar de él, imitándole. Para bendecirlo en prosa, se quisiera tener, como él, apóstol de Cuba, nervios de hombre y entrañas de madre.

Antes de Martí, nadie vió santos a caballo.

—¡El Quijote! Pudiera ser; mas aquél nunca apunta con la carabina a los molinos. Interrumpe un párrafo de escritura sagrada y de testamento para retozar con Ismaelillo; o, sobre las tumbas amigas, le duelo el corazón de mujer; o aparta la mochila del pecho izquierdo para mejor estrechar al compañero — si no se tiende al suelo de los niños para enseñarles a silabear su consigna santa porque ellos han de ver la patria que les está deparando el padre triste; y los condecora con flores como a futuro regimiento y les besa las manos que llevarán fusiles y los quiere consolar, como excusándose, porque no nacieron libres...

Santo, pero como Teresa de Jesús, Santo que está a Dios rogando... y con el máuser dando. Los otros libertadores quedan lejos como bisabuelos; éste es el padre hacendado o estanciero que conquistó el "ingenio" para todos. En un inmenso ingenio vive: cañas de azúcar, carrizos del viento marino donde la música y la dulzura se adunaron. Sabe, no sólo retóricamente, cómo se desflaca una crin al viento, y el trono errante que es la silla de montar y cómo se ve mejor el mundo con la sangre avivada por el galope. Ha querido a mujeres de carne, pero su novia se llama Cuba.

Lleva en sí a cada instante su imagen sangrienta: los cabecillas ante la tapia con la bala española que atravesó la chamarreta, los cañaverales incendiados para carbonizar al fugitivo, la cabeza del negro tinto en la bayoneta. Y mientras tanto suenan los vastos órganos del cañaveral y las rumbas en los villorrios y el corro de los niños en el batev con su alfabeto de Es-

¡...
 Por eso está triste y tan alegre al evocar la patria, ausente siempre. Su vida es el retorno perpetuo de un Eneas de América. Del tablado de un teatro de Nueva York pasa al fogón de las campiñas cubanas; y sólo conocemos el discurso famoso pero no las improvisaciones de la noche ante mulatos de dril que sueltan poco a poco la brida de los caballos para venir a escuchar al San Pablo de la tórrida gente. Parece una escuela al aire libre este curso de patriotismo que una refriega interrumpe para seguir más lejos, con menos discípulos ahora, porque veinte cimarrones murieron sin que haya sido posible enterrarlos. De las indignaciones universales, condenación hebrea y sátira latina, rencor de Dante y "castigo" de Hugo, lleva la herencia en los labios hirvientes que sólo quisieran perdonar. Porque, semejante al africano San Agustín, conserva junto a sí la dulzura de Mónica.

- ¡Cómo hubiera nacido exclusivamente si no tuviera que odiar también! Aborrece para que Cuba sea libre y lo expresa todo con iracundia elegante. Las almas frías se funden entonces al calor de su palabra como en el cercano *gulf-stream* catedrales de tómpanos. Es el Viejo de la Montaña, el mago verbal de las maldiciones, pero no todo en él es cólera: Francesca le conoce y el balcón de Verona le ha visto. ¡ Hombre completo, quién lo fué más extraordinariamente! Caballero de acción y devoción, docto en rimas y vados, en palabras hermosas y calibre de carabinas...

Excúsanos, Bolívar, y tú, lugarteniente de la gloria, San Martín, si en la capilla de los libertadores elogimos por más cercano intercesor a este hombre de letras que lleva terciado el fusil a la espalda como un gajo de cruz. Es nuestro santo predilecto porque la voluntad y la inteligencia trataron de curar en su cuerpo exiguo el desequilibrio de que morimos. No se armoniza generalmente el apetito de la acción con la capacidad mental para meditarla ni el inquieto humanismo de una mente predestinada se tradujo, si no fué durante la Italia renacentista, en la actitud de un Cid letrado. Sutil escuela de epicúreos puedo ser la de esos literatos friolentos que entre el gato casero y la rejuela tibia del sedentario, se rieron del "viento que sopla afuera"; y hasta podrá compararse tal reclusión con la santidad del monje antiguo en su claustro del monte, hostil al valle de lágrimas; pero más hermoso, porque más humano, fué siempre el espectáculo de la lid abierta por quien aprendió en los libros viejos, los entusiasmos jóvenes. Si a un monje se parece el cubano insigne será a los curas de boina que sólo querían rezar a Virgenes carlistas. El patriotismo que tuvo sus ergástulas cuando era un temor de esclavos a la Inz, ha tenido también su santoral cuando es, como en el caso de Martí, un género de caballería que limita sus favores a una sola dama por el temor delicado de querer menos si se quiere a todo el mundo. Pero, ¿a qué estar buscando sutilezas para explicar su arranque impensado y filial? Se yergue y enrojece al oír mentar el nombre de Cuba como si tocaran a botasilla. Así sumados el intelecto de amor con el apetito sublime de la vida heroica, su resultante es el caballero latino, o por mejor decir, el místico humano que se queda en la tierra para cantarla y mejorarla. Todos son semejantes en la raza solar. A través de los tiempos parecidos y de las derrotas útiles, se siguen en el

friso de nuestra gente, el Quijote y el Cid, Bayardo y Juana, Garibaldi y Bolívar, corazas y petos de algodón, un cendal azul con una camisa roja y el entorchado fraco con nuestro poncho criollo en cuyos pliegues de tempestad va por oleros y cañadas — humilde santo y caballero de salvación, con zapato de baqueta y calañés —, el último libertador de América. No sé cuál es mejor, ni veo sino rasgos fraternales en ese desfile de abnegados, ni le hallo parangón a Martí en otras tierras, pues sólo con Juana la Santa merecería un altar si España permitiera la canonización de los cabezallas. Un altar de la República: la Virgen de gorró frigio y el tercer mago redimido de sus cadenas. Os aseguro que no sería ridículo. Lo que hoy parece cuvejecido y oxidado, ese trenesi de libertad de los abuelos, esa sublime inmolación de prebendas para que el negro y el indio pudieran comer en la mesa de todos, lo comprendemos mejor, merced a Martí, que ha rejuvenecido los tropos republicanos. Los ha rejuvenecido, por su genio, el mejor poeta de la oratoria castellana.

Su anhelante frase embriaga como el alcohol mezclado con pólvora que beben los soldados en la batalla. Se descoyunta por las exigencias del raptó lírico, se colora con humaredas de poniente y, en su delirio verbal, continúa el jaleo del galope. Nadie meditó así peleando; nadie luchó así con el fusil apuntado a la tierra, pero los ojos al infinito. El panorama lírico de Martí resume las nubes del cielo y los enemigos del horizonte. A sus pies está la Isla de miel con sus carrizos dorados y la piña y la palma y el arco-iris de los guacamayos. Parece que no pudiera pedirsele sino pindárico desorden cuando de pronto, en la orilla, sofrena a su caballo y, con el sombrero de libertador, saluda al mar. Así le ve la imaginación en el futuro zécalo de bronce, ya serenado por los siglos, con toda

su prole americana abajo. Está la mano en alto ofreciendo el tirso a los dioscuros; pero la espuma del potro se junta con la espuma salada. Todo fué, para el arábigo jinete, una fantasía de pólvora. Tú sabes, Caballero latino, sofrenar el delirio cuando quieres, para escuchar en el ritmo gemelo de tus venas y el mar, tu alma sólo comparable al abismo.

VENTURA GARCÍA CALDERÓN.

ANTHROPOS

A Emilio Frugoni.

*Horada los estratos de tu alma
lo mismo que el geólogo
perfora la corteza de la Tierra.
Sin cesar, poco a poco,
sin cesar, cava y cava
siempre y siempre más hondo;
cava y cava, constante,
en busca de tesoros...*

*Acaso nunca encuentres
ninguna veta de oro,
de plata, de diamantes,
de cobre ni de plomo.
Pero hallarás, sin duda,
un día, un día, manantial copioso
de agua incontaminada.*

*Cáptalo con amor y ábrele cómodo
cauce para que suba y que se vierta.
Y haz que beban, del chorro,
tus hermanos y amigos
y aun tu huésped incógnito,
y aquél a quien apenas
pudieras llamar prójimo:
que quien su sed no apaga
siguiera con un sorbo
de tal néctar, no es Hombre;*

no es ampliamente *Anthrópos*.
Es la Bestia que come,
respira y marcha, solo,
resultante fatal y agente ciego
de las leyes del Cosmos...

Ha de arrancarle, el agua
de ese interior Eunoa, (1)
codicias y egoísmos
genitores del odio.

Y ha de enseñarle, en cambio,
el Amor omnimodo
que, ante las risas, ríe,
y llora con los lloros...
Amor que nos depara
la plenitud del gozo:
el gozo de sentirnos,
divinamente *Anthrópos*.

JULIO LARREA JUANICO

BALADA DEL AMOR TRISTE

Dedicado a Fabio Fiallo.

*Viento que te vas
Adonde no puedo.
Yo, ir.
¿No me llevarás?*

*Si tuviera alas,
Alas como tú,
¡Ay, contigo iría
Por el cielo azul!*

*Porque estoy tan triste
Que descara huir.
Llévame, ¡oh pampiro,
Muy lejos de aquí!*

*Haréme liviana,
¡Más de lo que soy!
Para pesar menos
He llorado hoy.*

*Para pesar menos,
Si preciso es,
Mi trenza sombría,
¡Ay, me cortaré!*

Para pesar menos
Ni he d' Me sonreír,
Cuando al fin me lleves
Muy lejos de aquí.

Lo único, viento,
Que no puede ser,
Es que yo a aquel hombre
Deje de querer.

Aunque : pese mucho
Ese amor irá,
Adonde : yo rayo.
¿Me podrás llevar? —

BALADA IDEL AMOR IGNORADO

Aquel que esperaba,
Sin saber su cara,
Pasó hoy a mi lado
Y llevóse mi alma.

La trova que en ese
Momento cantaba,
Se quebró en mis labios
Y tornéme pálida.

Alguien me lo dijo,
Sin voz ni palabras:
— ¡Levanta los ojos
Que pasa el que aguardas!

Me puse a seguirlo,
Como una sonámbula,
Con las : manos trémulas
Y la cara pálida.

*Mas él, sin mirarme
Se adentró a su casa,
Sin saber que a rastras
Se llevaba un alma.*

*Me quedé tan triste
Que lloré hasta el alba.
¡Le daría la vida
Y él no sabe nada!*

JUANA DE IBARBOUROU.

CRÓNICA DE ARTE

Lila Pujadas

Inopinadamente, la muerte nos ha llevado una escultora de mérito, cuando la juventud se abría para ella en rosas primaverales y aún no había llegado el príncipe del ensueño, caballero en el pegaso de la leyenda.

Lila Pujadas, casi una niña, tuvo la intuición, más que el arte, de la escultura, y a ella se dió en cuerpo y alma, fervientemente, como quien conoce el porvenir y sabe que en él hallará el secreto de su vida.

Sus obras fueron pocas. El busto de Amado Nervo que reproducimos, le conquistó un lugar artístico en nuestro ambiente, y el Presidente Brum propició su iniciación, adquiriéndoselo, para donarlo al poeta triunfante de los juegos florales del Salto.

Más tarde, hizo una exhibición de sus obras en el salón Moretti Catelli, exhibición que atrajo por unos días la atención pública y que le valió regocijados plácemes.

Todos estuvimos de acuerdo entonces, — y no tenemos por qué no estarle ahora, — que se trataba de una temperamental figura artística, para quien el taller y el estudio traerían, sin duda, vendimias propicias que afirmaran el renombre de su cincel y de sus manos.



AMADO NERVO

Hecho en honor de Lilia P., a las.

Penas domésticas la alejaron de golpe de nuestro ambiente, y ahora, en que nuevamente volvía a acercarse a él, llena de entusiasmo y encendida de espíritu, la muerte troncha el gajo florido y triste de su vida, donde los pájaros cantaron alegres y cándidos, y donde la luna enredó más de una noche su serpentina de plata, desvaída de ensueño y de tristeza...

Mientras su llama se deshace en el viento, y de sí no quedan más que una docena de ensayos, — a los que el tiempo morderá, — PREGASO saluda su espíritu inflamado de idealidad y dice a las autoridades del Museo Nacional de Bellas Artes que ella también merece un lugar en el seno de ese sagrario donde ha de ir quedando para los siglos el esfuerzo nativo, que no tiene más pretensiones que el amor que ardió en él y que, sin duda alguna, más valdrá a los ojos del pueblo que todas las extrañas y extranjeras obras de arte con que a veces solemos pagarnos...

LOS CEREZOS

*Abril — Apoyados
sobre el muro azul
del aire, hay un corro
de cerezos ágiles...*

*Son en la distancia
festones de nieve,
borlas con que el campo
se empolva la cara...*

*Vibra en el ambiente
la música blanca
de sus flores nuevas...*

*Annuncia el paisaje
la próxima fiesta.
Y cuando el estío
nos devuelva a casa,
tendrán los cerezos
sus capotas verdes
llena de jugosos,
pequeños y sanos
corazones rojos...*

NUBE

*Por los árboles tristes
que se encienden
en resplandores vagos y amarillos
¡Ten piedad, Nube!*

*Por las mejillas pálidas y enfermas
de las hojas
que apenas se sostienen
en la rama sensible...
¡Ten piedad, Nube!*

*Por el tronco que sufre
largas horas de sed
y a quien ya mira el labrador
con ojos de codicia...*

*Por esa juventud llena de arrugas...
¡Ten piedad, Nube!*

*Nube...
que te lleve hacia el mar
la buena mano del gigante Viento...
Y bebe la alegría de una ola...*

*Y tu madeja de agua
que se devane a prisa
en hilos bulliciosos
— cual venda de salud y de milagro —
sobre la herida
de los árboles tristes y sedientos...
¡Ten piedad, Nube!*

JULIO J. CASAL

NOTAS

"PEGASO"

Razones ajenas a nuestra voluntad, han retrasado algunos días la salida de PEGASO, que se propone aparecer normalmente desde este número.

JULIO RAUL MENDILAHARSU

El poeta Juan Parra del Riego ha editado un magnífico libro recordatorio de aquel luminoso espíritu de Julio Raúl Mendilaharsu, arrebatado a la vida en la plenitud solar de su poesía.

Nos proponemos ocuparnos *in extenso* de Mendilaharsu y su obra.

DELMIRA AGUSTINI

Aparecerán en estos días las "Obras Completas" de la gran poetisa uruguaya, edición que viene integrada por una serie de poesías inéditas que conserva la familia y que llamarán justamente la atención.

Los públicos intelectuales de América van a recibir esta obra como una hermosa primicia.

"TIERRA"

Así se titula el nuevo libro de poesías que ha dado a la imprenta, uno de los nuestros, el doctor José María Delgado, cofundador y director de PEGASO.

Aunque estamos inhibidos de anticipar todo juicio al respecto, anunciamos la aparición del tercer volumen de versos de nuestro poeta, con justificado orgullo.

JOSE PEREIRA RODRIGUEZ

Este compañero en letras nos anuncia desde Treinta y Tres, en donde vive, la publicación de una serie de importantes estudios críticos de la literatura contemporánea americana.

Con el renombre que Pereira Rodríguez se ha hecho, a pesar de su juventud, estamos seguros de que su primer libro será agasajado con entusiasmo en el país.

LAS REVISTAS

El canje de PROASO se ha visto últimamente reforzado con numerosas revistas de América y Europa, entre las que nos place acusar recibo de:

Alfar, de La Coruña, España; *Revista de "El Circulo"*, de Rosario, República Argentina; *Catalonia*, de Buenos Aires; *El Libro y el Pueblo*, de México; *Le Futurisme*, de Milán; *Revista do Brazil*, de San Pablo; *Valorizaciones*, de La Plata; *Mercure de Flandre*, de Lille, Francia; *Belles Lettres*, de París; *Informaciones Sociales*, de Madrid; *Motivos Colombianos*, de Panamá; *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, de Buenos Aires; *Gaceta de Bellas Artes*, de Cuba; *La Enseñanza*, de Madrid; *Mujer*, de San Juan de Puerto Rico; *Martín Fierro*, de Buenos Aires; *Revista Universitaria*, de Cuzco, Perú; *Studium*, de Guatemala; *Tentatives*, de Grenoble, Francia.

SECCION EDUCACION

Terminado el plazo de descanso que se impuso la distinguida señorita Enriqueta Compte y Riqué, cuyas notas sobre Educación han justificado plenamente el nombre pedagógico de su ilustrada autora, PROASO volverá a publicar con singular interés estas colaboraciones, tan buscadas ya por todos nuestros lectores de América.

¡MUJER!

*Cerca de la fronda donde canta el viento
con las siete notas de su caramillo,
delante la linfa de plácido argento
que lame las torres del viejo castillo,
sobre un tronco pétreo como pedestal,
manos impulsadas por el sentimiento
de las horas de opio, con sus sueños raros,
de desnuda diosa, toda virginal,
pusieron la estatua de mármol de Paros
delante la linfa de plácido argento,
cerca de la fronda donde canta el viento
su canción eterna, su canción triunfal!*

*Y se conmovieron
en cuanto la vieron
las demás estatuas de obscuro granito,
que en sus pedestales
adornan del parque los sitios ideales
que besan los astros desde el infinito...
Por la oculta vida que en la piedra existe,
así la miraron — toda destumbrante —
un viejo y musgoso Filósofo triste
y un busto del Dante
y un Sábido viejo, músico y cantor...
Y yo, marcando cerca de la fronda,
con una tristeza muy honda, muy honda,*

sintiendo esa noche sus voces vecinas
 deturo la tarca y escuché el rumor...
 ¡Qué cuadro más bello mostraba la luna!
 Dormía en sus ondas la blanca laguna,
 suspensas callaban las viejas encinas,
 y las esculturas, vibrando una a una,
 y yo — de rodillas, para orar mejor —
 frente a aquel milagro de formas divinas,
 de diversos modos
 conjugamos todos
 el eterno verbo de la vida: Amor!



Y dijo el filósofo de severa figura:
 ¡Mujer! ¡vana escultural
 ¿por qué turbas el suave palpar del santuario?
 ¿por qué — si tu belleza pasional nos tortura,
 si no es cierta tu gracia ni tu amor necesario—
 nos nublas la razón?...
 ¡Oh mujer! ¡barro infame del placer y el hastío,
 lo superfluo y vacío
 de ese inmenso enemigo del hombre: el corazón!
 ¡Vete y déjame seguir los movimientos
 de las constelaciones y de los pensamientos;
 reconocer los músculos de una mano de artista,
 estudiar—sin amarla—la vida de la flor!...
 ¡Yo no sé comprenderte,
 hermana de la muerte,
 vulgar protagonista
 de la eterna comedia que se llama el Amor!



Y el sátiro rojo, trémulo y doliente
 dijo a la mármorea forma con pasión:

¡Dante se equivocó! ¡Schopenhauer miente!
 ¡Sólo yo comprendo tu perfume ardiente,
 flor de los jardines de la sensación!
 ¡Eres siempre hermosa, lo demás... mentira!
 ¡todo es idealismo, todo es fantaseo!
 Sólo yo te veo
 como flor de carne que el deseo aspira
 y que se marchita si falta el deseo,
 ¡si falta el deseo carnal!

¡Rompe de la piedra los encantamientos,
 mujer, eternamente bella y pasional!
 ¡y pulsando el arpa de tus formas bellas —
 nos acostaremos bajo las estrellas,
 en tanto la fronda nos dé sus acentos
 y el manto de flores, un lecho nupcial!...
 Después, cuando el ansia de mi ardor se extinga
 y hasta que otra fiebre a tu fiebre responda,
 al son de mi suave y doliente siringa
 cantarás, danzando
 por entre los claros tibios de la fronda,
 hasta que me duerma, tu cuerpo besando.
 ¡Y entonces, tus blancas manos amorosas,
 de lirios y de rosas
 me arropen, tejiendo mi blanca corona triunfal!
 ¡Mujer! ¡eternamente hermosa y pasional!



Y dijo la augusta cabeza del Dante:
 ¡Adorables formas de nívea pureza
 que sigo en mis ansias de espíritu amante
 más allá de toda la naturaleza!
 ¡Mujer! ¡alma blanca! ¡paloma bendita
 que llenas la vida de sueños y flores,
 que vuelas buscando la esfera infinita

donde Dios te envuelve con sus resplandores,
donde la sustancia jamás se marchita,
donde van los buenos y los soñadores!

¡Mujer, que idealizas la carne doliente:
¡madre inmaculada! ¡novia eternamente!
¡luz de la humanidad!
¡Ven, corona mi frente
de mirtos y de rosas!
¡Ven, que mientras suspira
la brisa perfumada de esencias milagrosas,
sobre tus labios tibios, sobre tus senos tersos,
sobre tu blanca, tu serena beldad,
estrechada en los brazos sedantes de mi lira,
y en alas de mis versos
subiremos ¡en busca de lo Inmortalidad!

¡Ven, mujer! Tú no eres de mármol, tú no eres
la materia plasmada de los bajos placeres:
así como en las cuerdas donde el amor te imploran
no es la música el bronce de las arpas que lloran;
ni hace bella la forma la piedra en que se labra,
ni es tristeza la sombra que en las noches contemplo,
ni es Poema artificio de la dócil palabra,
ni Dios es la materia de la imagen del Templo!

¡No! ¡no eres de mármol! — Serenamente hermosa
tú eres el perfume bendito de la rosa,
las alas del gusano que se hace mariposa,
la razón de la Vida, desgraciada o feliz...
¡No! ¡no eres de mármol! ¡eres la vaporosa,
la pura, la armoniosa,
la divina Beatriz!



Delante la estatua de formas divinas
¡qué cuadro más bello me pintó la luna!

*Suspensas callaron las viejas encinas,
dormida en sus aguas quedó la laguna...*

*Y yo, que escuchara las voces vecinas,
delante la estatua, callado quedé...*

"¡Mírala en los ojos!" suspiróme el Dante;

me dijo el filósofo: "¡tócala en la frente!"

*"¡sórbele los labios!" me gritó el ardiente
sátiro anhelante.*

¡Y ante la sorpresa de aquellos tres sabios,

la besé en la frente, la besé en los ojos,

la besé en los labios!

¡Toda, toda, toda, toda la besé!

EDUARDO UBALDO GENTA.

LOS POEMAS NATIVOS DE FERINAN SILVA VALDÉS

(Conferencia radiotelefónica, transmitida desde la Radio-Cultura de Buenos Aires).

Quizá sorprenda el empeño mío de difundir el conocimiento de poetas nativistas. Tal vez, los más ingenuos me atribuyan la intención de realizar una labor de proyecciones patrióticas. Acaso los nacionalistas de buena fe, imputen mi intención a un superior criterio de integración de los valores psico-sociales argentinos, y por incomprensión de la ética histórica y actual hispano-americana, en sus elementos caracterizantes y esenciales, confundan la significación continental, que, en atención a ella, es imprescindible acordar al término "nativo".

El término "nativo", aplicado a los problemas artísticos, mal encasta en la circunscrita ideación política nacionalista, sin un preconcepto de igual índole, que desatiende el llamado étnico hispanoamericano, aborigen y de trasplante americanizado, y la fundición de un tipo nuevo, aleación del bronce y el oro de ambos, por virtud de las transmutaciones raciales y

los característicos surcos que han grabado las exigencias afines a toda la tierra de América.

Nativo es, en mi genérico concepto, todo aquello que está abonado por lo indígena, como elemento humano primordial, común a todo el continente, en forma directa; o por filtración filogenética mestizada de abundante simiente europea, particularmente española, y transfusión sociogenética; y la colonial civilización, también común, y todo aquello que ha recibido la bendición adaptativa del suelo americano, más o menos uniforme.

Mal haría, pues, quien me pensare restringido a aquel intento, tanto más cuanto que, juzgado por su origen con criterio nacionalista, el poeta sería uruguayo y no americano, como yo lo pretendo y como surge del contenido de sus propios poemas nativos.

El hombre que hay en Fernán Silva Valdés es uruguayo, porque el Uruguay ha sido su cuna material. El poeta que es Fernán Silva Valdés, es americano, porque América, *hoc-sensu*, ha sido la cuna de sus sentimientos estéticos.

Lo que en realidad de verdad gusame en el caso, es exclusivamente un propósito artístico, y una idea cultural que anhela inrustar en la conciencia individual, con el vigor del raciocinio, la emoción aborigen que trasciende de los poemas del vate, como penetrante aroma de selva; y también, producir una robusta conjunción de armónica simpatía, con cierta desleída impresión histórica de primitivismo americano, que, sin duda, existe en las mentes de quienes recogen mis palabras.

Y, además, si me fuere posible cosecharlo, un elemento de razón, contributivo de fraternal solidaridad humano-continental, que no implica, desde luego, injustificable pretensión de identidad.

El indo de latino-América—llámese azteca, quichúa,

aimará, guaraní, araucano, o sea, componente de los grupos chaqueños o fueguinos, o haya formado parte de alguno de los innumerables totems, desaparecidos como núcleos típicos, con su delicada intuición de ambiente,—y el español, altivo y aventurero, y el mestizo, heredero común de estas dos sangres, plinto de granito que sostiene en la Historia, el monumento de los pueblos de América, plasmados de nuevo por el espíritu de la tierra, vario en su regionalismo, común en la extensión del continente por cierta esencial similitud topográfica: el indio, el mestizo, el español y europeo americanizado, sazonan el contenido de lo nativo. La identidad esencial del espíritu de la tierra de América, se manifiesta en la obra del hombre: la similar arqueología de los grupos indígenas; la analogía de sus instrumentos musicales precolombianos; sus canciones, y las de los pueblos posteriores, tocada de su influencia, que son, por lo general, un florilegio de cuitada tristeza; y las danzas; mortecino borbotón de instinto, cuando un cierto delicado recato cristiano no vela su crudeza.

Fernán Silva Valdés es, en ese sentido de lo nativo que he señalado, un poeta de arte americano.

Fernán Silva Valdés nos dice de su vida: "nací en Montevideo en el año 87. Ingresé a la Universidad a los 15, y antes de cumplir el año de estudios los abandoné. Viví largas temporadas en el campo y en Montevideo, más aún, a pesar mío, en Montevideo que en el campo. Eso sí, cuando estaba en la ciudad, mi espíritu seguía viviendo entre mis ríos y mis cerrilladas.

"Aprendí—por pura afición—los trabajos más rudos y las cosas más típicas: yo he enlazado toros bravos y he payado en las pulperías del pago. Luego me conquistaron los libros, la literatura francesa; me envenené de vicios literarios. Yo he conocido has-

ta los paraísos artificiales. Reflejo de esa vida, son mis dos libros primeros: "Anforas de barro" y "Humo de incienso". Naturalmente, la ciudad, el tango, la vida nocturna del poeta exquisito, me enfermó. Volví al campo a curarme. Me curé; vencí todo artificio; tiré los libros refinados, viví junto a la tierra, a la naturaleza; tomé nuevamente — maduro ya — mi vieja guitarra, y todas aquellas cosas que amé y canté a los veinte años, las canté otra vez — del natural en una forma nueva: en la forma ruda y varonil que yo le veía a los propios temas que cantaba. *Motivo de Vidalita* es la historia de esta vida que es el cuento, porque verdad es que, además del campo, mi madre y mi novia me ayudaron mucho a curarme."

He ahí contada sencillamente la vida del poeta. Verdad es, que la confesión que encierran sus últimas palabras, hablan elocuentemente de la nobleza de tres corazónes.

Fué, pues, en el campo, donde ha ido modelando su espíritu de artista; fué junto a la tierra, donde temperó la reciedumbre de su temperamento poético; fué en sus llanuras abiertas, limitadas sólo de horizontes esfumados, donde elaboró su libertad de concepción; fué sobre las pampas vestidas de pastos aromáticos, donde adquirió ese exquisito sabor agrídule que brindan sus poemas; y entre los riscos de los lugares montañosos y cerriles, donde se impuso la hermosa y fecunda belleza que los señala. Fué, pues, la naturaleza, que en nupcias de belleza, impresionó su espíritu de su lujuria y de su salvajismo, con su propio ritmo, con su propio canto, con su propia música, tipificando en él la vigorosa poesía magreste.

Y fué también junto al calor de dos afectos y de dos caricias, que se purificó el hombre, para dar paso al poeta admirable.

Hechas las facultades intelectuales del poeta en una adelantada civilización urbana, y templada su sensibilidad en la conyugal convivencia con la tierra, pudieron aquéllas, con la emoción de ésta, hallar un ritmo poético nuevo, que espeja con espontánea frescura, la armonía aparentemente desarmonica que fluye de las cosas de la tierra nativa.

El ritmo podrá estar, pero no es la repetición isócrona de una igual medida, ni el pueril ajuste al lugar común de la preceptiva tradicional. La literatura normática es un horrible museo de antigüallas. En el ritmo existe esencialmente una cuestión de emotividad. Es, desde el punto de vista subjetivo, una vibración del alma provocada directa o indirectamente, por la euritmia de las cosas materiales o abstractas. El poeta que lleva en su alma su propio ritmo, como un tesoro, le crea el cuño de oro de una nueva forma y regala al mundo una nueva belleza. Así, Fernán Silva Valdés. Es aquí donde el poeta valientemente realiza el milagro de cantar las cosas de la tierra, en un ritmo nuevo, que es todo una enjundia de hermosura y un trasunto puramente emocional, en cuanto a él, de idiosinerasia americana. De esta manera se aparta bruscamente y con aliento renovador, de las huercas y simplistas décimas con que nos abundaron desmayados troveros.

Ese fenómeno de la forma desapareja y hasta caprichosa, pero esencialmente rítmica, he podido observarlo parecido, en algunos poetas de lejanas regiones de Europa oriental, cuyos poemas traducidos al francés, nos han sido proporcionados por la revista "Clarté".

En los poemas nativos que compondrán el próximo libro de Silva Valdés, que se titulará simplemente "Poemas Nativos", según nos lo hace saber el autor, el ritmo se ha suavizado un poco. No dan la impresión de arisca rudeza de los contenidos en su libro "Agua del Tiempo". De ello son ejemplo: "Brujería", "Piedra indígena", "Alma en pena", "La carreta", "Los potros", etc.

El hombre primitivo debió adquirir primero las vagas nociones de las cosas inmediatas, particularmente de aquellas que estaban en natural e íntima relación con su necesidad generativa, y con su necesidad alimenticia, que es garantía de aquélla, y por ende de supervivencia específica. Así debió adquirir el insignificante acervo de un lenguaje onomatopéyico.

Cuando el mundo le deparó la sorpresa de un nuevo acontecimiento, más o menos alejado de sus necesidades primordiales, se produjo en la conciencia individual y colectiva un doble fenómeno: en el orden moral, una borrosa idea de Dios, que posteriormente hace producir variados sistemas cosmogónicos; y en el orden del conocimiento, el más rudimentario silogismo comparativo. El método fué indudablemente sencillo: una idea de cosa desconocida contribuyó a dar la noción de una desconocida. Esforcémonos, y comprenderemos la conquista de la idea abstracta por igual proceso. Así nació la metáfora como producto biológico. Los textos antiguos, la Biblia entre otros, nos dan la adverbación de este aserto.

Ahora bien: la segunda mitad del siglo pasado, fecundo en filosofía positivista y nutrido de afanes científicos, imprime una nueva estructura mental. La inteligencia humana se hace escuetamente analítica, minuciosa, pesadamente causalista. La humanidad entra

en un complejismo desesperante. Se hace casi imposible llevar en nuestro archivo mental un universal patrimonio de ideas directas. Se vive demasiado a prisa. Surge la reacción, y con ella la imprescindible necesidad de sintetizar; y de aquí nuevamente el reinado de la metáfora, como producto biopsíquico y social.

El hombre actual, y con más acierto el de mente medianamente cultivada, al observar un fenómeno desconocido, recibe una doble percepción: una, correspondiente al fenómeno desconocido, vaga, imprecisa, de especulación; y otra, contigua, consciente, precisa y comparativa, traída por necesaria prociuidad pedagógica del cerebro. Es decir: se forman simultáneamente dos planos mentales: semiconsciente o subconsciente uno; consciente el otro. De tal modo que para llegar a la armonía racional que supone la comprensión, o a la armonía emocional que implica la belleza, se debe pasar primero por el plano mental consciente. Así despierta la vaga idea del plano subconsciente o se vivifica su indefinible emoción estética.

Fernán Silva Valdés, produce esta casta de emociones de una manera insuperable. Es un maravilloso artífice de la metáfora. De la metáfora necesaria y preciosamente galana a la vez. El tiene la poderosa intuición de simplificar en una sola frase, un rasgo esencial de la vida de América, causando esa impresión de imponente robustez que se recoge contemplando el macizo de una montaña.

Fernán Silva Valdés lleva en sí, como una microvida, el estado de ánimo de la actual psicología hawaiana, que es de necesaria sintetización. Realiza la obra magnífica de una poesía, que encierra en sí una evidente fuerza de actividad intelectual. Pero para vigorizar más la impresión de nativismo que causan sus poemas, construye sus tropos con elementos también novedosos. No con el lenguaje popular y campe-

ro, sino con la palabra hispana y culta, pero que tiene una fértil vitalidad de regionalismo americano, lleno de encanto sabroso y rudo. El hace revivir en una sola frase un rico filón de la gesta de América.

En él, el sustantivo se ha eugalanado orgulloso y soberbio, con una amante que lo adjetiva y refresca de juvenil savia americana.

Veamos algunas de sus metáforas:

De guitarra:

*Con tus cuerdas rotas y revueltas
pareces una de esas mujeres indolentes
que ya ni se peinan de desengañadas.*

Del indio:

*Curtido de intemperie,
—Rojo de sol o húmedo de tormentas—
en los días rayados de chicharras
o en las noches tubianas de relámpagos.
Y moría sin ruido, cuando mucho
con un temblor de plumas como mueren los pájaros.*

Del rancho:

*Y se encorva de miedo cuando aullan los perros
—con las cerdas del lomo despeinadas—
porque pasa la Muerte, chúcara e invisible,
Montada en pelo
en la yegua sin freno de la leyenda.*

Del poncho:

*Húmedo y estirado, como si el viento se lo hubiera
[puesto.*

De un río:

*Río
condenado a jadear como los pechos,
cuando cantas no sé si estás colérico o alegre
Pues siempre lo haces mostrando tu espuma.*

*Eres como los hombres cuando enojan
Y eres como los hombres cuando ríen,
Que siempre lo hacen mostrando los dientes.*

De calandria:

Calandria.

*Cada vez que te oigo cantar
me parece que pena una india.*

De las manchas:

De las ancas lustrosas

le caía lo cola

como una cabellera que se desmorona.

Y este hallazgo maravilloso:

Un nido es una flor con pétalos de pluma,

un nido es una flor color de pájaro.

Cuando el hombre sale de su prehistoria, con su primero y rudimentario caparazón intelectual, ya viene munido de un pequeño bagaje técnico de defensa contra el medio. Dejando de ser parte pasiva de la naturaleza, abandonando parcialmente su condición de cosa y elevándose a una mínima concepción suprasensible respecto de sí mismo y de lo que le rodea, comienza casi conscientemente su proceso de adaptación. El espíritu de la tierra hace suyo al hombre, pero de un modo distinto que el primitivo, porque se ha apoderado de él en una copulación de consciente convivencia.

La naturaleza ama al hombre como a hijo y lo ordena como dueño. Y el hombre, con una empírica noción de determinismo fenoménico, pero considerándose jefe, pues que se siente librearbitrista, se yergue frente a la naturaleza como hijo y dueño también. Y prosigue su lucha eterna.

El hombre se reviste de una protección formidable. El tecnicismo industrial es preocupación fundamen-

tal. Es con esa capacidad técnica que pugna por su perduración en individuo. Y son sus primeros utensilios, y la vivienda, como primer feliz resultado de sus rústicas ideaciones arquitectónicas, carne de su carne y alma de su alma. El hombre es entonces la unidad cohesiva que hacen él, sus cosas y sus armas. El hombre domina al medio. Este es el estado etnogenético que presentan las menos civilizadas de las oriundas poblaciones de América, cuando llega el conquistador ibérico. Una fusión racial se opera posteriormente. El indio ha adquirido marcada tonalidad europea. El europeo tonalidad indígena. Surgo como brote espontáneo, la magnífica y formidable figura del mestizo. Pero fué el tecnicismo del indio y del mestizo, y no el del extranjero, que hizo posible la adaptación de los pueblos de América, en un momento determinado de su evolución; puesto que no el español, sino el aborigen y el mestizo, tenían el delicado sentido del ambiente. Corren los siglos, y hasta el europeo puro se ha americanizado. Ha recibido la impregnación y el timbre de la tierra. Se comienza a vivir una civilización mejor organizada y de más perfeccionada cultura.

Es entonces cuando las cosas del hombre primitivo, que han perdurado, y que habían recibido el bautizo de su vida y la saturación de su propia alma, se muestran en su verdadera importancia y significación históricas. Las cosas tienen así el valor sustancial de un símbolo humano. Nos hallamos, pues, en América, en el último período que la gradación hegeliana señala para la *poesía épica*.

La epopeya de los grupos particulares de América ya se ha realizado en parte. Martín Fierro es, acaso, la de los pueblos del litoral en un momento indeciso de su formación. La epopeya de América es todavía una esperanza. Fernán Silva Valdés, hijo de una civilización superior, dueño de un idioma rico y per-

fecto, prepara fragmentos de la epopeya de América en una forma nueva y originalísima.

El nos ha cantado la rústica vivienda del hombre americano, en frases definitivas. Y esa vivienda, llámese rancho o choza en el litoral o en las pampas argentinas, ruca en las regiones neuqueñas, o caturujcha en las poblaciones quichuizadas del continente, es siempre la misma y realiza idéntica finalidad. El rancho se ha impregnado, por ósmosis secular, del espíritu del hombre de América, y es un estoico peregrino que sabe del secreto de las cosas íntimas de aquél.

El ha cantado el puñal, un dedo más pero con filo en la mano del gaucho, y que en las tierras de América llamólo el portugués facón, porque era más largo que el puñal común y menor que el sable del conquistador, pero semejante a la faca morisca.

El ha referido las supersticiones de América en las cosas que canta, y que toma como personalización de psicologías colectivas. También ha cantado alguno de sus mitos, que como las leyendas de América, son más o menos comunes a las distintas agrupaciones indígenas del continente.

El ha cantado un río, dinámica grieta cristalina de la tierra, que tipifica todos los ríos de América, y primer espejo que dijo al hombre de la hermosura de su cuerpo.

El ha cantado la carreta, de estirpe española, que ya rarea su existencia por causas de simple explicación, pero que ha ido dejando en el alma de América el surco profundo de su paso.

El ha cantado la boleadora, india y gaucha, diminuto y terrible broquel de piedra, que hacia de la garrá humana, un puño más grande, certero y mortal.

El ha cantado aquello que estando fuera del hombre de América, es, sin embargo, del hombre, y forma parte integrante (esencia) de su vida y de su alma.

Y todo lo ha cantado con extraordinaria limpieza idiomática y con instinto épico exacto, enérgico, puro e insuperable.

Pero, como lo he venido afirmando, los poemas nativos de Fernán Silva Valdés son de arte americano. El mismo poeta nos reafirma al decirnos: "En mis nuevos poemas entro más en lo indígena y más en América."

He tratado de bosquejar los rasgos generales que perfilan el empaque viril, rebosante de fortaleza y de salud de Fernán Silva Valdés, como poeta de Hispano-América. Ante su obra, no trepido en reconocerlo como uno de los más grandes poetas del continente en el arte americano, cuya originalidad radica en esta trilogía: la prestancia de una forma y de un ritmo nuevo; una metáfora, jugosa como una fruta salvaje en sazón; y una asombrosa fidelidad épica.

En síntesis: un canto nuevo y un gran poeta.

ROBERTO A. FRONTINI.



J. S. de Barros

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Historia del Povoio Américano.—Por Woodrow Wilson. Traduit par Désiré Bonstarr. Préface de Emile Boutroux. Paris. 1924.

Cada junto con la noticia de su muerte nos llega esta obra de Wilson, esmeradamente traducida y editada en Paris, por la casa Bonnard, obra digna, sin duda, por su latitud y profundidad, del hombre que ocupara el primer puesto en el escenario mundial contemporáneo.

No hay ninguna rama del saber cuyo conocimiento necesite abandonar más el estadista, que la historia, vastísimo campo de enseñanza donde los errores y las virtudes, las causas de la grandeza o de la decadencia se transparentan, dejando el invaluable tesoro de la experiencia.

Naturalmente que para esto es necesario ir hacia la historia, no por simple curiosidad, sino con ánimo analítico, con deseo de buscar la dinámica verdadera de los sucesos, de estudiar su significado y sus proyecciones, de extraer normas y corolarios.

Así, en esta obra de Wilson, la historia está lejos de ser un acumalamiento cronológico de episodios, es un verdadero tratado de ciencia social, en la que el autor parece estar colocado frente a los hechos como el sabio ante los fenómenos físicos.

Y es claro que en esta vasta tarea el claro talento de Wilson tiene mil ocasiones de admirarnos, por el equilibrio y la lógica de sus juicios, por la claridad expositiva y, sobre todo, por su poderoso sentido de orientación que lo lleva a desbrozar de la maraña histórica los motivos centrales o culminantes.—J. M. D.

Cantos de la Raza.—Por Víctor Pérez Petit.—Montevideo.—1924.

El celebrado autor de "Joyeles Bárbaros", ha puesto gran originalidad en la construcción de este libro. Su alma poeta, a orillas del solar nativo, con tal ardiente oración a la madre patria transatlántica, que aquélla le contesta, emocionada en sus entrañas, y hace aparecer a su lado dos formas aéreas, las que enlazan al poeta y lo arrastran, en un vuelo milagroso, hacia la tierra invocada.

El lector va también sin esfuerzo detrás de él, de tal modo, que cuando el vuelo se termina, se tiene la impresión de haber hecho un viaje encantador, al lado de un compañero cocendido y apasionado

que ha ido revelándose, como lenguaje rítmico, la belleza panorámica o histórica de los loggares, la originalidad de las costumbres, el sentido de las joyas arquitectónicas, y, en fin, todo aquello que sea capaz de sugerir en el peregrino una emoción estética.

Lírico de mucha fuerza debe ser el que se atreve a lanzarse por el camino descriptivo, y puede dar en notas sintéticas sus impresiones con la justeza y el relieve del autor.

Pérez Petit parece haberse complacido en acumularse obstáculos, eligiendo una forma tan estricta para expresarse, como el soneto clásico, y es justo consignar que vence con singular maestría las vallas de esa forma métrica, consiguiendo, no sólo encerrar en ella una idea o un panorama, sino enganarlos primeramente.

La invocación a la "caserna familiar de los abuelos", que inicia el libro, es un poema francamente admirable por la soltura con que corre el verso y por el alma que lo anima.

Cierran el volumen un "Canto a América", de tono épico, fechado en 1892, y el "Himno del Mar", vasta y original sinfonía, es la que el pélagos canta en propia loa, a la manera libre del verso moderno, con tal potencia en las imágenes y grandeza en la concepción, que hace recordar la voz formidable de Walt Whitman.—
J. M. D.

Kindergarten.—Poemas de Francisco Luis Bernárdez.—Estampas de Fernández Mazas.—Madrid B.—1923.

Libro de poesía moderna en el que el espíritu renovador se muestra, por fortuna, menos enajenado de la revolución formal y tipográfica que de la novedad imaginativa y la visión nueva de los paisajes internos y externos.

Bernárdez siente el encanto del ritmo y las rimas, por lo que, a pesar de sus audacias y como evidentes arranques ultralistas, queda siempre un poeta esencialmente musical.

Así puede darnos poemas como "Rosa", "Violeta Gris", "Nublado", "Maitines", y muchos otros, que, a un tiempo, tienen la frescura de una fruta nueva y el arrullo de las viejas canciones.—
J. M. D.